

PRÓLOGO

ENTRE LIBROS ANDA EL JUEGO

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ

Puesto que la presente obra se ocupa de libros, de lecturas y de lectores qué mejor modo de presentarla que recurriendo a un pasaje cervantino tan famoso como elocuente y apropiado para el menester que aquí nos trae. Qué mejor dicha que la de imaginarnos por un momento personajes del *Quijote*, recorriendo con él la llanura manchega hasta llegar a la más celeberrima de todas las ventas que en la literatura han sido, la de Juan Palomeque, y vernos de pronto envueltos en la historia de la maleta perdida o como uno más entre la treintena de segadores escuchando leer.

Ya sé que no es la primera vez que acudo al *topos* de la venta y pienso que tampoco será la última. No me canso de volver a él porque simboliza como ninguno el juego de letras planteado en estas páginas. A saber, el laberinto de los libros, la rayuela de las lecturas y el escondite de los lectores entre la Edad Media y el término de la Moderna, con parada más detenida en ese tiempo áureo que enmarca obra tan señera de la literatura en lengua española. Una mirada a la historia que aún parece más oportuna y aconsejable pensando en los nubarrones que algunos han ido anticipando respecto al futuro de la palabra impresa. No entraré ahora en una cuestión que nos conduciría por veredas excesivamente virtuales; pero sí he querido traerla a colación porque ya se sabe, conforme adelantaron los clásicos, que la historia es maestra de la vida y vida de la memoria. Lo que aplicado al cuento de las letras es tanto como sostener que en sus páginas, y dentro de ellas las que ahora prologo, podemos hallar ciertos asideros e instrumentos para luego entender mejor algunas de las zozobras que nos despierta el tiempo que está por venir.

Pero dejo las prospecciones de futuro para los expertos en esos percales y retorno al punto de partida, esto es, a la venta de Palomeque, un espacio también de libros y de lectores, aparte de lugar de descanso y casa de buen yantar. Cualquiera que haya recorrido las estaciones del inmortal *Quijote* recordará que

dicha venta es el local donde un buen día algún caminante dejó olvidada «una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla», en la que se hallaban «tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano». Los libros no eran otros que *Don Cirongilio de Tracia*, el *Felixmarte de Hircania* y la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*; en tanto que los papeles, «hasta obra de ocho pliegos», llevaban por título *Novela del Curioso impertinente* (I, 32). De manera que la maleta abandonada no era otra que la del mismísimo Cervantes, que, con ese proceder, nos guiña el ojo a los lectores y se deja ver por la escritura de un texto cuya responsabilidad trató de enmascarar atribuyéndosela a un tal Cide Hamete Benengeli.

Además, en aquella venta, cuando era el tiempo de la siega muchos campesinos se recogían para escuchar las historias que les contaba alguno que sabía leer. Y todos seguían la narración con tanto gusto que hasta les «quitaba canas», esto es, les liberaba de mil cuidados y de otras tantas preocupaciones. Al ventero, las hazañas caballerescas le embobaban tanto que se olvidaba de regañar con su mujer. Maritornes disfrutaba ilusionada con los amoríos de las dueñas y de los caballeros andantes. Y la hija del ventero gustaba de oír especialmente las lamentaciones de los hidalgos cuando se encontraban alejados de sus señoras. Cada uno disfrutaba embelesado por un motivo distinto y cada uno experimentaba a su modo el placer de la lectura, por más que ésta fuera intermediada por la palabra y el gesto de un lector a tiempo parcial, por horas. Mientras los segadores consumían los textos en aquellas veladas de la venta, don Quijote lo hacía en el silencio y en la soledad de su cuarto, enfrascado «tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio» (I, 1).

Esa es la fuerza del «horrible peligro de la lectura», que decía Voltaire, la potencia de su veneno, según lo pensaba Luis Vives, la capacidad de transmitir ideas y de llevar la imaginación hasta alturas insospechadas. Leer, como ha escrito Carlos García Gual, es una suerte de viaje que lleva al lector a «penetrar en un mundo imaginario al conjuro de las palabras escritas en las páginas del libro y allí se entrevista con otros: el autor y los personajes del texto» (*Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas*, Barcelona, Península, 1999, p. 18). Es decir, la recreación del sentido de las palabras sabiendo que éstas no se sitúan más allá de cada tiempo histórico, sino que están inscritas en él. En consecuencia, la lectura tiene también una historia tras de sí y es ésta la que explica los distintos usos que se han dado a los textos, la tipología de los lectores y los programas y las modalidades del leer.

El lector y la lectura se erigen, por lo tanto, en los auténticos y verdaderos protagonistas de esta aventura: «el libro queda inerte sin su lector», ha escrito Fernando Savater (*Loor al leer*, Madrid, Aguilar, 1998, pp. 111-112). Así, antes que contar los libros enterrados en el bibliotafío de los inventarios posteriores a la muerte, donde normalmente tan sólo se anotan los volúmenes tasados por su valor económico; la historia de la lectura tiene sus miras puestas en el devenir de sus prácticas y en la huella dejada por los textos en el alma de los lectores y de las lectoras. Algo así como lo que Eduardo Galeano cuenta, en *El libro de los abrazos*, de Lucía Peláez, una mujer que de niña había leído a escondidas una novela robada de la biblioteca de cedro donde el tío guardaba sus libros preferidos. La leyó «a pedacitos, noche tras noche, ocultándola bajo la almohada», con tal intensidad que luego, a lo largo del viaje de su vida, «iba siempre acompañada por los ecos de aquellas lejanas voces que ella había escuchado, con sus ojos, en la infancia» (Madrid, Siglo XXI, 1999⁹, p. 8). Después nunca más volvió a leer ese libro; pero de haberlo hecho seguramente tampoco lo hubiera reconocido, pues, como dice el escritor uruguayo, tanto le había crecido adentro que ahora era otro, era suyo.

A fin de cuentas la lectura en cuanto dación de sentido a un texto determinado es una odisea totalmente personal, distinta según lo sean las condiciones y peripecias de los lectores y de las lectoras en su concreta historicidad. Por ello será que las propuestas del «nuevo criticismo» hayan resultado insuficientes y castradoras al sacar la lectura de la materialidad de las propias obras y al considerarla como una producción de significado autónoma, abstracta y universal; es decir, ajena tanto a las estrategias operadas en la arquitectura formal de los textos como a la específica individualidad del acto de leer. Frente a eso, se trata justamente de lo contrario, de buscar la interacción entre el contenido de las formas y el sentido dado a los textos por cada lector o por cada comunidad de lectores. En ese horizonte habrá que hurgar principalmente en tres direcciones: a) la que concierne a la historia misma de los textos, cualquiera que sea su materialidad, manuscritos o impresos, ilustrados o no, grandes y pequeños, etc.; b) la que persigue desentrañar la trayectoria de las normas, de las capacidades y de los usos de la escritura; y c) la que se adentra por el territorio de los espacios y de las maneras de efectuar históricamente la lectura.

Volviendo ahora al testimonio de los segadores que escuchaban leer textos caballerescos en la venta de Juan Palomeque, el análisis de éstos nos llevaría a la forma de presentarse, a las modificaciones realizadas en el taller de la imprenta, al significado de las imágenes que en ellos pudieran comparecer, a la construcción y a la disposición de las páginas o a los formatos empleados para la difusión de la materia de caballerías, entre otros aspectos; el segundo cometido se interrogaría por el tratamiento dado a dichas producciones en los discursos

áureos sobre el libro y la lectura, y a su perversa y endemoniada representación, pero también a las posibilidades efectivas de su apropiación mucho más allá del público aristocrático al que supuestamente iban dirigidas; y finalmente, la tercera exploración trataría de responder a los modos y a los lugares donde aconteció la lectura, ya fuera ésta personal y en silencio, o bien comunitaria y en alta voz, en la intimidad del estudio o abiertamente en las gradas de la catedral de Sevilla o en cualquiera de las posadas y tabernas.

Después, a la conclusión, tras una indagación abierta en tantos frentes, los mundos del texto y del lector terminarán mostrando la reciprocidad de su diálogo, pues si la configuración del primero señala algunas pautas y expectativas respecto al momento de su apropiación, será la singularidad del segundo la que determine la adecuación o no a esas constricciones. En palabras de Michel de Certeau, la cuestión se resume diciendo que «el texto sólo tiene significación por sus lectores; cambia con ellos; se ordena según códigos de percepción que se le escapan» (*La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer* [1990], México, 1996, p. 183).

Coordenadas, a la postre, que enmarcan y hermanan los trabajos reunidos en este volumen. La preparación del mismo arranca de un curso de verano celebrado en la Universidad de Alcalá en el lejano julio de 1999, bajo la dirección de quien suscribe. En los años transcurrido desde esa fecha, el proyecto ha pasado por distintas etapas, madurando y modificando los planteamientos iniciales, hasta culminar en la presente obra. En ésta figuran algunos de los textos leídos en aquella ocasión, debidamente revisados y actualizados por sus autores, más otros que se han recabado con el objeto de completar la horma de este libro y dar cabida en él a la última cosecha de las nuevas generaciones de historiadores de lo escrito.

Huelga señalar que este volumen no pretende afrontar todos los aspectos ni colmar todas las posibles lagunas de un problema tan arduo, atendido además en una geografía tan amplia y en un marco cronológico tan dilatado. Lo que aquí se ofrece es una miscelánea de meditadas reflexiones en torno a determinados asuntos de la cultura libresca iberoamericana entre los siglos XIII a XVIII. Un ramillete de estudios que desgrana partes de esa realidad valiéndose de investigaciones recién salidas del horno: desde las que resumen monografías más exhaustivas a las que anticipan tendencias y perspectivas en curso.

Una somera ojeada al índice permite atisbar esa diversidad de temas y puntos de mira. No faltan los ensayos que desmenuzan el oficio y la pasión libresca en el mundo cortesano, como tampoco los que se internan por las redes del comercio de libros en ambas orillas del Atlántico. Desde los que arrancan de concretos inventarios y relaciones de títulos hasta los que rastrean los vestigios de la lectura en epistolarios, textos literarios o en los *marginalia* de los propios

ejemplares. Desde los que desvelan maneras concretas de poseer y leer libros hasta los que se interrogan por las propuestas implícitas en la arquitectura gráfica (el sentido de las formas, que dijera McKenzie); o los que se asoman al discurso establecido respecto a la lectura, la distinción entre buenos y malos libros, y la incidencia en ello de la censura ideológica durante el Siglo de Oro. Junto a los que miran con lupa bibliotecas como las de la reina Isabel de Castilla o la del portugués Vicente Nogueira, primer marqués de Nisa; los hay que se centran en distintos grupos sociales, incluyendo aquí el detalle con que se atiende la relación entre las mujeres y los libros. Y, en fin, como la época visitada es también la de la apertura hispánica, no podían faltar apuntes precisos sobre Portugal y el Nuevo Mundo.

Así el libro va caminando entre dos épocas, la medieval y la moderna; dos mundos, el Viejo y el Nuevo; y dos materialidades librescas, el libro «a mano» y el libro «de molde», que, lejos de oponerse una vez introducida la imprenta, convivieron para atender distintos usos de la pujante sociedad del escrito.

Dicho esto me gustaría terminar agradeciendo a la Junta de Castilla y León la atención que ha tenido al incluir esta obra en su catálogo al lado de otros importantes estudios sobre libros, lectores y lecturas. Gratitud que hago extensiva a las personas que han intervenido en la preparación técnica del volumen. Más la que empieza a ser habitual a Verónica Sierra Blas, de nuevo por el afán que ha puesto en la elaboración del índice alfabético y en la corrección de pruebas.